

Piramidal pero no funesto

por Noé Jitrik
(Universidad Nacional de Buenos Aires)

RESUMEN

Los modos de leer y/o de operar la literatura suelen protegerse en la relación con otras disciplinas cuyo estatuto es conocido. Esto determina que el objeto literario resulte fatalmente secundarizado. ¿Cómo hacer para centrar tales modos de leer en lo que es principal?

Palabras clave: objeto literario – discurso literario – subdiscursos – teoría literaria

The ways in which literature reads and/or operates are often protected in relation to other disciplines whose statute is known. This results in the literary object being fatally placed in a secondary position. What can be done to focus those ways of reading on what is primary?

Keywords: literary object – literary discourse – subdiscourses – literary theory

El modo más corriente, y el más popular en los medios universitarios y académicos, de acercarse a ese orden semirreal-real que se conoce como literatura es apelando a otras entidades, en apariencia más conocidas o inteligibles. Ese comportamiento, que deja de lado la literatura pretendiendo entrar en su secreto, es también propio de la mayor parte de los actos de lectura y el fundamento de la interpretación que les sucede; ha invadido ya desde hace mucho tiempo los estudios que se pretenden críticos hasta tal punto que, si no se hace la vinculación entre esas entidades –discursivas– y los objetos reconocidos o admitidos como literarios, se produce una suerte de embotellamiento intelectual, no se sabe bien de qué se habla o, mejor dicho, no se habla de nada a fuerza de triviales supuestos compartidos.

Se establece, de este modo, una asociación que haría, presumiblemente, más comprensible un objeto, el literario, que sigue siendo, si no un misterio absoluto, al menos una entidad evasiva, reacia a las definiciones, algo que *es* en la materialidad de su aspecto pero *no es* en su situación frente a otros objetos materiales más inmediatos y, por ello, más comprensibles. Kant describió esta dialéctica de existencia e inexistencia simultáneas, un espacio conceptual entre ser y no ser, que constituye la peculiaridad de los objetos artísticos; el literario también entra, desde luego, en este estado de suspensión entre ambos términos o en el espacio que se tiende entre ambos términos, lo que podríamos llamar, apropiándonos de una conocida expresión de Maurice Blanchot, el “espacio literario”.

Esas otras entidades discursivas que son asociadas a lo literario son las diversas disciplinas que acotan su campo de acción y de pertinencia a un aspecto específico de lo real y de ahí crean un discurso o lo adoptan y/o lo adaptan a sus necesidades de producir conocimiento. De este modo, se suele vincular la literatura al psicoanálisis, a la política, a la lingüística, a la sociología, a la historia, a la antropología, al periodismo y hasta a la economía. Tal asociación puede formularse de dos modos: o bien colocando el nombre de tales disciplinas en el primer lugar –lo más frecuente, tal como lo señalamos al iniciar este escrito– y el de literatura después, o el de la literatura antes –más raramente– y el de las disciplinas después; en ambos casos, desde luego, la relación es establecida por la conjunción y.

La diferencia en las respectivas posiciones no es pequeña en sus efectos. En el primer caso, se concede más valor a las respectivas disciplinas; en el segundo, a la literatura. En el primer caso, la literatura aparece subordinada al ámbito discursivo al que es vinculada; en el segundo, la literatura adquiere primacía pero no por eso pierde vinculación.

Consideraremos la primera situación: eso nos permitirá construir un discurso un tanto más específico acerca de la literatura misma, pero lo haremos prescindiendo de la básica acotación valorativa que se desprende de la idea de “posiciones de enunciación”, o sea del factor subjetivo.

Se habla, entonces, ligando los términos, de

Psicoanálisis y literatura
Lingüística y literatura
Política y literatura
Historia y literatura
Antropología y literatura
Periodismo y literatura
Economía y literatura
Mitología y literatura

Quizás haya otros enunciados similares, lo cual no corrige el razonamiento. Lo que importa señalar ahora es que si separamos los términos de estas fórmulas podemos trazar un esquema de este tipo: por un lado, un conjunto horizontal diverso, que configura una base y, por el otro, un término único, que se sitúa arriba, en una suerte de cúspide. Tendríamos, de este modo, una especie de pirámide: la base sostiene; la punta, como en las pirámides, es virtual: en las pirámides lo que podemos considerar como cúspide o punta se prolonga, se evade de su configuración para lanzarse a un espacio abierto e infinito.

El conjunto de “base”, porque indica prácticas concretas, en torno de las cuales la sociedad está organizada y tiene conciencia de existir, encarnaría lo “real” que, de este modo, se manifestaría por medio de los respectivos discursos vinculados, desde luego, y entramados e incidiéndose unos a otros, en esa inevitable relación denominada “interdiscursividad”. En la punta, un único objeto, solitario, que arrastra consigo, por su carácter intrínsecamente simbólico, una aceptada connotación de irrealidad o, mejor dicho, es el momento de una evasión, hacia arriba, hacia no se sabe dónde, un hecho –lo es– irreal que convive con los reales, los interpreta, actúa sobre ellos y deja que ellos actúen sobre él.

Si para reflexionar sobre la literatura no separamos ambos términos, como se anunciaba al comienzo que era posible hacer, y dejamos que el acento siga estando puesto en los discursos de lo real como lo único comprensible, el irreal le estará subordinado y, en consecuencia, estará limitado a referir lo que tales discursos contienen, inevitablemente condenado a representar lo que éstos enuncian; no es menor recordar aquí que los enunciados de tales discursos postulan –o se postula– que representan con palabras, que se organizan en discurso, “objetos” reales de experiencia. Para la teoría de los “actos de habla”, por el contrario, las palabras producen “cosas”, en una inversión de los términos nada trivial.

Cabe, entonces, quizás, separar la literatura, o el discurso literario, y considerarlo independientemente de tal maniobra de subordinación, cambiando las posiciones, o sea poniendo el acento en la punta de la pirámide y no en la base. Acercarse a él con mirada fenomenológica, en suma, admitiendo su evasividad, considerándolo como objeto de conocimiento, o sea como discurso específico y complejo, en el que los otros discursos, como no puede ser de otro modo, han dejado trazas que el discurso literario ha transformado y transforma permanentemente y que quedan como olvidos productivos, ya sea en la representación que ofrece, ya en la irrepresentación que postula, ya en las operaciones que ejecuta.

En un cercamiento del punto superior de la pirámide, o sea de esa especificidad de la literatura, hay que hacer una primera y elemental distinción. Por un lado, se trata del discurso literario mismo y por el otro del metadiscurso que lo acompaña; no sólo están indisociablemente unidos, en ocasiones se superponen hasta el punto de que ambos pierden sus límites, lo que va de la experiencia directa de la textualidad, de su propio resplandor, a la iluminación que viene de fuera: el primero enuncia indirectamente, por transformaciones sucesivas, a partir de saberes o imágenes; el otro a partir de lo que los textos proponen en tanto objetos organizados convertibles en objeto de análisis que, a su vez, se presentan en otro orden discursivo, de aparente mayor materialidad y comunicabilidad.

Dos direcciones, por lo tanto, para entrar en el campo literario. Pero ni una ni otra son bloques homogéneos: es como si fueran recintos en los que se alojan diversas posibilidades; dicho de otro modo, se bifurcan y las especies que vamos encontrando en esas esquinas van dando cuenta, en primera instancia de cada dirección y luego del concepto principal, de todo lo

que este concepto, literatura, encierra. De manera que si entendemos el discurso objeto también entendemos el metadiscurso y lo que éste nos dice acerca del discurso objeto.

Objeto: discurso literario

Lo que, entonces, en primer lugar, llamamos “discurso literario” propiamente dicho es un conjunto que se bifurca a su vez en varios subdiscursos –otros los llaman “géneros”– que corresponden a (o vehiculizan) gestos primarios de comunicación que interpretan o realizan sendas funciones del lenguaje.

En cuanto a los géneros, vale la pena detenerse un momento en la noción, porque seguir conservándola lleva a callejones sin salida o a designaciones fáciles, de intercambio comercial o de estantería. Lo que la palabra “género” proporciona es una opción direccional o clasificatoria pero no por ello nos acerca a un entendimiento de la literatura; a lo sumo, nos hace presente lo concerniente al universo de la recepción. Por otro lado, creemos saber, por razones culturales, por herencia de modos de leer y de las teorías que los sustentan, lo que cada uno de tales géneros es, pero ese saber es insuficiente puesto que, ante todo, la constante redefinición que exigen y toleran pone en duda y en cuestión ese saber. Insistentemente, y sin avanzar demasiado en claridad, se repiten a lo largo de los siglos las preguntas, ¿qué es una novela?, ¿qué es un cuento?, ¿qué es un poema?, y cuáles son las diferencias entre ellos. Y todas las respuestas que se dan son limitadas y rebatibles.

Por el contrario, si es cierto que el lenguaje funciona desde las funciones que le son inherentes, como desde Jakobson parece irrefutable, las operaciones que se realizan a partir de cada una de ellas dan lugar a lo que llamamos “gestos” que, porque emergen de la índole misma del lenguaje, se encarnan en retóricas que permiten reconocerlos y que, antropológicamente, resuelven por distintos caminos enunciativas necesidades de organización del discurso humano. Así, se puede establecer al menos tres unidades gestuales que dan origen a sendos subdiscursos literarios marcados por el contar, el expresar, el entender y el indagar.

La primera unidad da lugar a la narratividad, cuenta que deviene cuento, en todas sus variantes; la segunda da lugar a la poética, en todas sus posibilidades, como expresión que pide un descubrimiento de lo que el lenguaje encierra; la tercera, al lenguaje teatral, que implica una indagación proyectada, una investigación acerca de los alcances y límites de la comunicación.

Desde luego, cada gesto posee una fuerza productiva propia y recorre los discursos que la conforman y la vehiculizan pero también se dan, en una dinámica incesante, interacciones entre ellos; el conjunto de ambas instancias historiza la idea que se tiene de la literatura y si bien no la define, como se señaló, la instala en el campo de supuestos admitidos y válidos para cada momento histórico. Si bien, en consecuencia, se entendía lo que podía ser el discurso objeto en el momento del poderoso surgimiento de la novela, ahora tal vez entendamos qué es, o sea la literatura, a partir de la relación entre narración y poesía o entre poesía y narración.

Metadiscurso

El discurso que acompaña al objeto literario parece estarle subordinado y en realidad lo está, en el sentido de que si dicho objeto no existiera tampoco podría existir éste; sin embargo, una vez constituido, tiende a autonomizarse y a regirse por sus propias leyes, determinado, desde luego, por sus objetivos; su racionalidad se apoya en una racionalidad general, según la cual todo objeto, real o simbólico, provoca o exige una consideración cognoscitiva y, de arrastre, valorativa.

En tanto subordinado puede ser considerado funcional, ya sea para explicar o interpretar el objeto, ya para ubicarlo en su propia historia o en una historia más amplia, ya para entenderlo en sus alcances y su configuración. En tanto autónomo, establece las condiciones de su pertinencia y aspira a ganar su propia textualidad.

Uno de los temas que aparece con más frecuencia cuando se habla del metadiscurso literario tiene que ver con el lugar que ocupa en la sociedad y lo que de ello se desprende, por ejemplo en la institucionalización de la literatura o en el poder que adquiere respecto, correlativa pero diferenciadamente, del poder que posee en la sociedad el discurso objeto.

Por otro lado, su oportunidad, su forma y sus enfoques son tan múltiples como los múltiples enunciadores que lo tienen como campo de interés y de trabajo. Se desprende de ello y

en primer lugar que así como el discurso objeto no lo es, tampoco el metadiscurso es homogéneo o único, no sólo a causa de tales circunstancias de enunciación, sino porque siendo muy diferentes los objetivos que puede proponerse alcanzar da lugar a subdiscursos con entidad propia, que persiguen sus propios fines pero que, como también ocurre con todo texto, no dejan de estar vinculados o entretejidos.

Tales subdiscursos, muy presentes en toda relación con la literatura, son los propios de la teoría, la crítica y la historia, tres dimensiones diferenciadas de un mismo universo discursivo aunque quizás no las únicas. Sabemos, por cierto, que quizás se necesiten recíprocamente en cuanto a que toda crítica descansa sobre una teoría previa e incluso toda historia recoge los productos o las actitudes de la crítica y, a su vez, la teoría se va constituyendo desde lo que la práctica crítica va poniendo de relieve y lo que la historia computa como historiable. No obstante, del mismo modo que lo que ocurre con el discurso objeto, cada una de estas vertientes metadiscursivas posee una autonomía relativa en la que se protege y de la que extrae determinados resultados. Y si, en relación con tal autonomía, el carácter de la crítica es en principio pragmático y, por más que se sustente en una teoría, posee una fuerte dosis de intuición que parece poder prescindir de ella, a su turno la historia suele hacerse fuerte en su territorio: si su objeto es la literatura, su ideología bebe en las fuentes de las ideologías de la historia en curso; y, por fin, si en un comienzo, Aristóteles por ejemplo, la teoría se construyó sobre los elementos y rasgos del objeto, luego prosiguió su proceso de consolidación discursiva alimentándose de los progresos o cambios filosóficos que se daban en su torno hasta ocupar un lugar propio, jerarquizado hasta lo imprescindible.

Pero en cada uno de estos subdiscursos, en realidad campos de acción, se producen a su vez bifurcaciones que encarnan las diversas opciones que, por otro lado, componen el metadiscurso en general, a veces con predominio de uno, a veces de otro. Se configura de este modo una suerte de árbol cuyas ramas dan cuenta de una frondosidad muy grande, en cuya sombra se protegen innumerables practicantes, diferenciados todos por el campo elegido pero también, como se dijo, por las previsible inflexiones personales en la enunciación.

Veamos cuáles son en el caso del subdiscurso teórico.

Hay que decir, para empezar, que cobra voz en dos instancias; una, de carácter filosófico general (metafísica, materialismo, fenomenología, como tendencias básicas sobre las que descansa); otra particular, vinculada a teorías filosóficas de carácter epocal (iluminismo, romanticismo, positivismo, pragmatismo, que le dan forma).

Dos ramas, pues, para el árbol que venimos construyendo. Podría añadirse que de cada una de estas grandes ramas nacen otras, que las reinterpretan, las actualizan, o las modifican; por ejemplo, en una actitud materialista se apoya la teoría estructuralista y en una fenomenológica el formalismo; en cuanto a la metafísica basta con recordar el aporte de Heidegger a una poética.

Respecto del subdiscurso de la crítica, más allá de los intentos de otorgarle o reconocerle una función, supone una determinada cantidad de opciones a partir, desde luego, de su posición empírica respecto del objeto sobre el cual se aplica.

Las principales opciones, que recorren toda su historia, podrían ser el impresionismo y el estructuralismo: el árbol continúa pero no se detiene ahí pues si esas opciones son constantes dan lugar cada una de ellas a nuevas bifurcaciones; así, por ejemplo, en el impresionismo se cobija la práctica estilística y el personalismo crítico y aun la crítica narrativa o de autor; en el estructuralismo la comparatística, el trabajo crítico y el deconstruccionismo.

En cuanto al subdiscurso que llamamos de la historia genera la crítica biográfica, implica la crítica valorativa –en la cual se apoya la noción de lo historiable– y en general el concepto de periodización que, a su vez, adquiere diversos rumbos, la crítica política, la noción de generaciones y de movimientos.

El metadiscurso deviene, de este modo, un árbol de generoso y productivo generatismo: trazarlo abre a la posibilidad de ubicar todas las manifestaciones relacionadas con el impulso a rodear el discurso literario y a fundirse con él para hacer comprensible el objeto literatura, o sea aquello que está en la punta de la pirámide y se evade, fugaz, para ese lugar abstracto que está siempre más arriba.